SEGUNDA PARTE.

—

LA INTERVENCIÓN.

VERACRUZ.

Llegada de la Escuadra española.—Aspecto de la población.—Incendio de la "María Concepción."—Traición de un súbdito español.—Llegada de los Comisionados del Gobierno de España.—Resultado.—Obsequio del comercio á los oficiales de la guarnición.—Entusiasmo para salir á la campaña.—Abandono de la ciudad y de la fortaleza de Ulúa por las tropas del Gobierno.—Ocupación de las mismas por los españoles.—Los primeros traidores.

I

VAMOS á trazar el último cuadro relativo á nuestra querida Veracruz: á imprimir la postrera plumada de esa grandiosa época de incesante lucha, que cavó el sepulcro al partido clérico-conservador, aplazando para cinco años más tarde colocar la lápida mortuoria que debía cerrarlo para siempre, é inscribiendo sobre ella, con caracteres de sangre, este terrible pero merecido epitafio que compendia toda su historia:

"*Fratricida y traidor.*"

Vamos, en fin, siquiera á rápidos bosquejos, á presentar al pueblo veracruzano bajo otro aspecto que no lo honra menos que cuantos han señalado su vida pública: bajo el punto de vista del verdadero patriotismo, probando que, así como liberal combatió contra la reacción, lamentándose de tener que luchar en guerra fratricida, y como mexicano combatió como

bueno en 1838 y 1847 contra las fuerzas de la Francia de Luis Felipe, y contra las huestes del General Scott, en 1861, cuando la Nación vió venírsele encima la más injustificable y punible guerra de parte de tres potencias á las que siempre trató como amigas, y con dolorido acento llamó en su auxilio á sus buenos hijos, supo abandonar sin pena ni dolor, con abnegación y entusiasmo, familia, hogar, comodidades, bienestar, fortuna, porvenir; todo, en fin, lo que para el hombre importa una afección, para cumplir lejos del suelo natal los deberes de hombres libres y de patriotas ciudadanos.

La traición y la codicia, y la venganza de hechos imaginarios unos, é inmotivados otros; la sed de conquistas imposibles en el siglo XIX; y sobre todo el derecho de la fuerza bruta llamaban airadas é insultantes á las puertas del territorio mexicano; y el patriotismo, la lealtad y el honor respondieron al llamamiento: se nos arrojaba la manopla de hierro de la Edad Media, y la recogíamos sin altanería pero con orgullo, para lanzárselas al rostro y abofetearlas hasta sacarles los colores de la vergüenza.

Comencemos el relato del primer paso dado por el autócrata francés para realizar la última empresa soñada por su delirante fantasía, de pretender que "en sus dominios no se pusiera el sol," cuando el sol de su impotente grandeza comenzaba á declinar hacia su ocaso, toda vez que, al lanzar su cetro contra Juárez en México, fué á despedazarse entre las manos de Guillermo I en Sedan.

II

La ciudad de Veracruz, llena ya de vida y animación después que la campaña contra los defensores del "derecho divino" había terminado, presentaba el día 8 de Diciembse de 1861 un aspecto triste, luctuoso; parecía que sus moradores presentían algo inesperado, algo extraordinario que los preocupaba. Desde luego podía asegurarse que en esa intranquilidad que se revelaba en todos, no tomaba parte el fuerte viento del Norte que soplaba desde dos días antes acompañado de incesante y tupida lluvia: el furor de los vientos y la bravura del mar son familiares á los veracruzanos, y lejos de consternarse con los mugidos del uno ó el encrespamiento del otro, les sirve de distracción. Hacen poco aprecio del sulfuramiento de Neptuno ó de las embestidas de Noto ó de Eolo, de Bóreas ó de Aquilón, porque todos ellos han mecido su cuna durante la niñez.

El cielo, sin embargo, se había despejado algo hacia las once de la mañana, aun cuando negros nubarrones presagiaban que la titánica lucha sólo estaba aplazada; pero así y todo, á eso de las doce, un sol amarillento y como avergonzado, vino á caer sobre los edificios, iluminando la ciudad y diafanizando un tanto el horizonte, lo suficiente para que la vista se extendiera hasta perderse en su propia inmensidad.

Poco más de media hora habría transcurrido, cuando el telégrafo de señales de Ulúa marcó sucesivamente una, dos, tres, cuatro y hasta ocho velas, al Sur, comenzando á destacarse como desfomados dibujos, á lo lejos, á donde apenas la vista natural podía alcanzar, otros tantos buques que poco á poco fueron tomando sus proporciones naturales: entonces pudo reconocerse clara y distintamente que eran de guerra; y aunque todavía no daban bandera, los inteligentes que habían ido al muelle seguidos de innumerable gente del pueblo, declararon que pertenecían á las fuerzas marítimas de España. Los buques hacían rumbo á Antón Lizardo, y pasaron cerca de la vetusta fortaleza, la cual no pudo reconocerlos antes á causa del pluvioso velo que se interponía entre ella y los inesperados huéspedes, quienes después de más de trescientos años, venían, insensatos, en busca de las huellas, borradas por una reñida lucha de once años, que marcó en suelo mexicano el paso de D. Hernando el Conquistador.

Las campanas del muelle y del Palacio Municipal repitieron el toque de *vela*, señalando "escuadra á la vista," y la

multitud se lanzó á las calles y á las azoteas á pesar del viento y de la lluvia, porque el acontecimiento era tan inesperado, como desconocido su origen, y deseaba adquirir noticias sobre el particular. Sobre todo, la circunstancia de saberse que la escuadra era española, violentó los ánimos, reviviendo odios y rencores suscitados por los peninsulares, que durante la guerra de Reforma habían tomado una parte tan activa como funesta del lado de la Reacción; siendo aventureros la mayor parte, otros comerciantes quebrados, fraudulentamente convertidos en guerrilleros á las órdenes de frailes ó de curas carlistas, fueron feroces soldados en las filas de Zumalacarregui ó de Cabrera, y reservaron el último tiro de sus carabinas para venir á México á dispararlo contra la libertad de los que odiaban la cruz que mata y la hostia que envenena; ó bien hacerse jefes de bandoleros que campeaban por su cuenta á la sombra de la religión, habiendo sido extraídos de cárceles y galeras, aquende y allende los mares.

No es, pues, de extrañarse que entre los españoles, antiguos vecinos de Veracruz, hubiera cierta ansiedad al ver llegar una escuadra inesperada que portaba el pabellón ibero; y aunque no faltaron entre ellos bastantes que con tal motivo se permitieran ver á los mexicanos con cierto desprecio irritante, siendo pagados con la misma moneda, también hubo muchos que, honrados y justicieros, tuvieron á mal aquella presunta agresión que hasta cierto punto los comprometía terriblemente. Vivían felices y tranquilos al amparo de nuestras leyes, poseían familia mexicana, y á la vez que honraban la patria de sus esposas é hijos, honraban también á la madre patria, á la patria de sus antepasados. Así se explica que mexicanos y españoles, después de la llegada de la escuadra, conservaran una actitud de reserva no exenta de desconfianza, que sin embargo á todos admiró, porque en aquellas circunstancias, esa agresión escandalosa, ese atentado inaudito, ese acto de filibusterismo procedente de una nación ilustrada, pudo determinar un conflicto que hubiera sido desastroso para unos y para otros.

El pueblo que ya sospechaba algo desde que días antes, y por órden del Gobierno había comenzado á desartillarse la fortaleza de Ulúa y los baluartes de la ciudad, internando los cañones para fortificar violentamente las formidables crestas del "Chiquihuite" y del "Puente Nacional" en los caminos de Jalapa y Orizaba, creyó firmemente confirmar sus sospechas con el gran acontecimiento del día, y se retiró á sus hogares después de haber visto desaparecer tras el promontorio de los "Hornos" el tope del mástil del último bnque que se abrigó en la rada de "Antón Lizardo," haciendo comentarios, y persuadiéndose de que quizás no estaba lejano el día en que nuevamente correría la sangre de mexicanos y españoles en el mismo territorio donde medio siglo antes combatieron tenaz y valientemente, para sostener cada uno los derechos que creían tener. Los veracruzanos se aprestaban ahora, como en aquella época lo habían hecho sus antepasados, para luchar por la Independencia y por la Libertad de la patria; y para probar á monarcas insolentes cuán difícil es imponer el yugo de los tiranos á los pueblos verdaderamente libres.

III

En efecto, sólo muy pocas personas podían apreciar en su verdadero valor la llegada de aquella escuadra.

El Gobierno Constitucional, á raíz del triunfo de Calpulálpam, revivió en todas las ciudades de importancia la antigua sociedad de "Amigos del País," cuyo título nos releva de hacer detallada historia de su objeto.

En la de Veracruz, de la cual era presidente el Jefe político del Cantón, D. Albino Carballo y Ortegat, figuraban como miembros de ella honorables comerciantes extranjeros, excepción hecha de los de origen español, que no aceptaron

el encargo porque en su mayor parte se manifestaban hostiles á la causa de la Constitución y de la Reforma.

En el último tercio del mes de Noviembre anterior había anclado en "Sacrificios" un buque de alto borde, perteneciente á la marina de guerra inglesa, á lo cual nadie dió importancia, por ser esto muy frecuente en los puertos en todas épocas; y menos importancia se le dió á que en el siguiente día el Comandante de dicho buque pasara á la ciudad é hiciera una visita al Sr. H....., rico comerciante inglés, con más de veinticinco ó treinta años de vecindad en Veracruz, donde era muy querido por las relevantes prendas que lo adornaban y por las repetidas pruebas de amor y deferencia hacia México, en más de una vez demostrados.

El Sr. H..... era uno de los miembros de la sociedad de "Amigos del País," y tres días más tarde, cuando la fragata de guerra se había hecho al mar, solicitó del Presidente de ella que tuviera lugar una sesión extraordinaria: el Sr. Carballo citó en efecto, y la sesión tuvo lugar esa misma noche. Lo que el Sr. H..... comunicó bajo confianza se puede deducir, si se tiene en cuenta que al día siguiente un miembro de la asociación partió para México, por acuerdo de la Junta, en comisión cerca del Gobierno; y que éste dispuso que en el acto se desartillara la fortaleza de Ulúa y la plaza, confiándose la operación á los Jefes de artillería Paz y García José Juan, á la vez que los Comandantes Díaz Aragón y Berna, y los Capitanes del Paso y Palomino, de la propia arma, marchaban para el "Chiquihuite" y el "Puente Nacional" seguidos de una parte del presidio militar escoltado por los granaderos del batallón Guardia Nacional de infantería de Veracruz, comenzando desde luego á fortificar las terribles gargantas que defienden los caminos de Jalapa y de Orizaba.

Más aún: el General Llave, electo Gobernador del Estado por la muerte del Coronel Zamora, se trasladó á Veracruz en los últimos días de Noviembre, y el 7 de Diciembre, es decir, veinticuatro horas antes de la llegada de la escuadra española, llegó también al puerto el General D. José López Uraga, seguido de su brillante Estado Mayor, nombrado por el Supremo Gobierno Jefe del Ejército de Oriente.

IV

El aspecto que la ciudad presentaba después del día 8, era por cierto bien distinto del de los días anteriores: ya no más preguntas curiosas, ni inciertas contestaciones: las gentes, en las primeras horas de la mañana, volvieron á ocupar torres, miradores y azoteas para ver desde lejos los buques de guerra, á pesar del norte que continuaba soplando algo más suave que la víspera, y luego, ya en las calles, ya dentro del hogar doméstico, seguían los comentarios.

La incógnita estaba despejada.

La historia de la "Convención Tripartita" se refería en público, y todos sabían á qué atenerse.

Ibamos á tener guerra, y guerra con tres poderosas naciones del viejo continente. Nuestras armas se medirían con las de los soldados de Africa, de Inkerman y de Sebastopol, y presidirían el desigual duelo el león de Castilla, el leopardo británico y el águila de Francia.

Había, pues, lo suficiente para estar orgullosos, porque el águila mexicana que en 1821 y en 1838, en Veracruz y en Ulúa, se había sobrepuesto á las flores de lis de Luis Felipe y al león castellano, iba á hacer frente, después de muchos años, á los vencedores de las tribus marroquíes y de los soldados del Czar de las Rusias.

En los cuarteles, en los baluartes, en el muelle, en la fortaleza, lo mismo que en las oficinas del Gobierno y del Estado, el movimiento era extraordinario. A cada momento partidas de paisanos, riendo, cantando, alegres y contentos, bajo el mando de algún oficial, se veían transitar en dirección á la Comisaría, y regresar momentos después más alegres y más contentos á este ó al otro cuartel, y á poco rato aparecer cruzado el pecho por el correaje y con un fusil en la mano, yen-

do á su casa para limpiar el arma y disponer los arreos que la Nación le daba para ir á combatir por su integridad é independencia.

Eran los *voluntarios* que se daban de *alta* en los cuerpos de la guarnición, y que habían ido á la Comisaría para ser *pasados por cajas.*

Las hojalaterías y las talabarterías no cesaban de trabajar día y noche; y enormes *calderos* para el rancho, ó *platos* y *carmañolas* para la tropa, obstruían el despacho de las primeras, en tanto que en las segundas, sillas, albardones, correas, guarniciones, portafusiles, fajillas, etc., etc., se despachaban sin trega, ya á Ulúa, ya á los depósitos de la plaza, para ser repartidos oportunamente. En las mercerías se notaba movimiento inusitado: todos y cada uno se proveían de lo que pudiera hacerles falta para *salir;* y en el Palacio, residencia del Gobernador La Llave y del General en Jefe Uraga, las oficinas no descansaban comunicando órdenes, despachando correos ó inventariando archivos, para estar expeditos para cuando *llegara la hora.* La distancia entre la plaza y la fortaleza era recorrida incesantemente por embarcaciones que, ó conducían reemplazos á los cuerpos que allí había ó traían las enormes piezas de artillería para, en unión de las que se habían desmontado en los baluartes y los pertrechos de guerra que á toda prisa se enfardelaban en la Maestranza y en los repuestos, remitirlas al "Puente Nacional," y al "Chiquihuite," á "Corral Firme," á Jalapa, y á Perote, para comenzar á levantar las fortificaciones que debían determinar los campamentos de la 1ª y 2ª Divisiones del Ejército de Oriente.

No eran las mujeres las menos entusiastas, y se disponían á seguir á sus *hombres* para correr con ellos la suerte que tuvieran; y las familias acomodadas comenzaron desde luego á abandonar la plaza para establecerse en Jalapa, porque, dignas hijas de Veracruz, no querían presenciar la profanación del suelo que las vió nacer, asentando su atrevida planta el invasor extranjero.

Las partidas de carros, las recuas, los hatajos que accidentalmente se encontraban en la ciudad ó en sus cercanías, fueron embargados para sacar todo el material con oportunidad, y los trenes del ferrocarril de Medellín y de la línea inglesa fueron apercibidos de estar dispuestos á primera orden para conducir las tropas hasta el lugar donde llegaban en sus viajes periódicos.

Los oficiales que estaban gozando licencia se incorporaron á sus cuerpos, y se redobló la vigilancia durante las noches, no obstante que el viento norte hacía casi imposible una sorpresa á la plaza, por cuya razón se había dejado en los baluartes de "Santiago" y de "Concepción," lo mismo que en Ulúa, los cañones necesarios que se sacarían á última hora.

Muchos jóvenes, antiguos oficiales de Guardia Nacional que no estaban ya en servicio, y otros que habían servido en la Reacción, pero que al llamamiento del enemigo se acordaron que antes que todo eran veracruzanos, yendo al frente de ellos el Coronel Juan Noriega, el Teniente Coronel Rafael González Páez y el Mayor Francisco Redonet, se presentaron á los Generales Uraga y Llave pidiendo el permiso para formar un nuevo batallón de infantería; y como no era posible negar tan patriótica petición, concedida que les fué, comenzaron á reunir voluntarios para "Rifleros del Estado," cuyo primer sargento fué el artesano D. Bibiano Urdapilleta, honrado y laborioso carpintero, entusiasta y patriota, que alcanzó el grado de Teniente de infantería para cortar su carrera militar con la pérdida de su vida en el asalto de Túxpam, tres años después, siempre cumpliendo con su deber.

Aún quedan restos de ese cuerpo que tanto se distinguió en el sitio de Puebla en 1863; y de aquellos jóvenes oficiales viven todavía José B. Cueto, Joaquín Llave, Francisco Avellaneda, Guillermo y Julio Vélez, Juan Miguelena, Gabriel Cotera, y quizás algún otro que, si lee estas páginas, recordará con gusto aquellos tiempos en que en Veracruz todos se

alistaban con frenesí bajo la bandera de la República para combatir por la Independencia y la Libertad.

El comercio extranjero veía esto impasible y observador: sentía la vergüenza en el rostro, porque allí eran considerados como mexicanos, y la agresión que á éstos se hacía venía envuelta en un principio de filibusterismo que deshonraba su nacionalidad. Aun los mismos españoles, en su mayor parte, se mostraban disgustados, y de su amor á los veracruzanos unos y otros dieron inequívocas pruebas el día que se abrió la campaña.

Un incidente que tuvo lugar el día 8 en la noche, el incendio de la barca "María Concepción," alarmó á la plaza un tanto; pero cuando se conocieron los detalles, la tranquilidad volvió á reinar en la ciudad, triste porque no podía defenderse por mar.

Otro suceso, acaecido dos días después, también vino á excitar los sentimientos de repulsión contra algunos españoles: el espionaje que ejercía, á la sombra de la buena amistad, un comerciante en tabacos, á quien se conocía por el apodo de "Manitas."

V

Como se recordará, la "María Concepción" perteneció á los buques capturados en la noche del 9 al 10 de Marzo de 1860: era uno de los que venían convoyados por la escuadrilla española conduciendo municiones, armamento y pertrechos á las tropas reaccionarias que sitiaban á Veracruz en esos días; y luego que se la ancló al pie del castillo de Ulúa, al costado Sur, se procedió á desarbolarla, convirtiéndola propiamente en "pontón."

No habían transcurrido dos horas desde que la escuadra se guareció en la rada de Antón Lizardo, cuando ya siniestros rumores, partidos de no se sabe dónde, circulaban por la ciudad asegurando que apenas llegada la noche, la "María Concepción" sería reconquistada por las fuerzas navales que acababan de llegar; y tales rumores, seguramente infundados, exaltaron un tanto los ánimos.

La autoridad militar, sin hacer aprecio de estas aseveraciones, dispuso, sin embargo, que la referida embarción fuera destruída, pues no sabiendo á punto fijo cuándo se romperían las hostilidades entre México y las naciones aliadas, bien pudiera suceder que intentara algo el enemigo que teníamos á la vista, luego que el norte le permitiera aproximarse al puerto; y como primer acto de hostilidad tratara de apoderarse de la nave referida. En consecuencia, el Comandante de Marina, Capitán de Fragata, D. Juan E. Foster, recibió la orden de incendiar la referida embarcación.

La circunstancia de haber aflojado un tanto el viento, haciendo practicable con poco peligro la navegación, favoreció el cumplimiento de aquella orden, y entre ocho y ocho y media de la noche la "María Concepción" fué remolcada hasta que varó cerca del baluarte de "Santiago:" allí se le embreó suficientemente, bajo el puente, á proa y á popa: se le colocaron grandes rollos de estopa alquitranada, humedeciéndolos con aguarrás, y á las nueve una inmensa llama que alumbraba de una manera siniestra tanto el mar como la ciudad, llevó la alarma á los habitantes, que en su mayor parte ignoraban de dónde procedía el terrible incendio.

Las gentes corrían, los abarroteros cerraban precipitada y estrepitosamente las puertas de los establecimientos, las tropas se pusieron sobre las armas para prevenir cualquier desorden que pudiese suscitarse, y las piezas del "Caballero Alto" y de "Santiago" se cargaron con proyectiles sólidos para el caso de que el enemigo intentara aproximarse. La "María Concepción" quedó completamente destruída, acallándose los rumores que habían precedido á su destrucción.

VI

El otro incidente fué de un orden muy distinto, y acaeció dos días después, esto es, el 10 de Diciembre.

De tiempo atrás residía en Veracruz un español, hombre de alguna edad, pacífico, tranquilo, de trato amigable y benévolo, que sólo se ocupaba de su comercio de tabacos, á cuyo efecto tenía un "estanquillo" en el Portal de las Flores, ya casi al salir para la plazuela del Muelle. Este individuo, que se había captado la voluntad y el aprecio de todo el mundo, era, sin embargo, un espía.

Con anuencia de las autoridades, siempre que algún buque de su nación arribaba á la "Isla de Sacrificios," hacía viajes periódicos para llevar á su equipaje víveres frescos, legumbres, aves, etc., etc. El día 9, aunque el viento era un tanto pesado, pidió permiso para llevar alguna venta á bordo, y como quiera que por este medio se podría tener alguna noticia, se le dió el permiso, haciendo el viaje con toda felicidad. El día 10 el mar estaba algo más picado, y á pesar de esto intentó un segundo viaje; pero al desatracar el bote, una ola bastante gruesa lo hizo chocar contra la escalinata de piedra volcando los cestos y huacales de víveres, y haciendo saltar una cajita de tabacos que se hizo pedazos contra el pavimento. El patrón del bote notó que de dentro de la referida caja cayó un papel escrito, y al momento se apoderó de él y de "Manitas," entregándolo al Comandante de Marina.

Era una noticia bastante exacta de las fuerzas que había en la plaza, los nombres de los Jefes y oficiales que las mandaban, apreciaciones sobre sus ideas políticas, etc., etc.; era, en fin, el resultado de su espionaje infame, que cometía prevalido del aprecio que se le tenía y de las simpatías de que gozaba. Fué reducido á prisión, juzgado y sentenciado á muerte, cuya sentencia no se verificó porque los sucesos se precipitaron el día 14, día en que debía ser fusilado.

Se le condujo á Perote con el resto del presidio militar el día que se abrió la campaña, y murió en la escandalosa asonada promovida en dicha fortaleza por el Coronel reaccionario Figuerero, dos meses después.

VII

La limpidez del cielo al ocultarse el sol el día 13, y algunas estrellas que empezaron á tachonarlo apenas comenzó la noche, eran claros indicios de que el tiempo había cambiado definitivamente, y que debía esperarse un día magnífico al siguiente. Así fué, en efecto: al amanecer el 14 el mar estaba tranquilo y sosegado, el más ligero soplo no rizaba su superficie, y los rayos del sol naciente, al herirla descomponiéndola en refulgentes prismas, diafanizaban las aguas hasta ver claro su fondo arenoso y límpido.

El movimiento entre la plaza y el fuerte era más activo: desde antes de las primeras horas de la mañana, lanchas, botes y "cachuchas" conducían del segundo á la primera cuanto en él había perteneciente al gobierno; y sólo los soldados esperaban su turno para despedirse de aquellos baluartes, de aquellos reductos, de aquel gigante de granito, fierro y bronce, entre cuyos muros habían corrido durante más de dos centurias, lágrimas de arrepentimiento, ó de impotente rabia, y habían escuchado el melancólico cántico del soldado durante las noches de *servicio*, ó los hondos ayes de desesperación de los sentenciados que allí iban á *cumplir* la condena de la pena que les fuera impuesta por la justicia humana.

En el interior de la ciudad el movimiento era menos activo ya: habíase desnudado su traje de guerra, y los baluartes y los cuarteles aparecían como desiertos: en los primeros no se notaba un solo centinela: en los segundos, la tropa permanecía en las *cuadras*, el fusil en pabellones, al pie de ellos las mochilas: las guardias de prevención con todos los arreos de marcha, y los vigilantes paseándose pausada y silenciosamente al frente de las puertas.

Muchas casas enteramente cerradas, y la escasez de gentes en las calles, demostraban que no pocas familias habían levantado el campo; y bastantes mujeres, ancianos y niños, conduciendo pequeños envoltorios de ropa, ó muebles de uso, hacia el Hospicio, San Agustín, la Escuela Nacional y el patio del "Buen Manejo," indicaban que eran esos los asilos destinados á las familias de los soldados, que no pudiendo acompañarlos quedarían bajo la salvaguardia de la autoridad municipal, hasta tanto se les proporcionaran los medios para abandonarla á su vez.

El Ayuntamiento continuaba en sesión permanente desde hacía dos días, y el Gobernador del Estado y el General en Jefe permanecían en Palacio.

VIII

Como á las diez de la mañana se inició un movimiento repentino, que arrastraba á las gentes en dirección al muelle. El vigía de Ulúa había señalado una embarcación menor que hacía rumbo al puerto, y dos Ayudantes de la plaza se dirigieron á la Comandancia de Marina para dar aviso exacto de lo que ocurriera. Efectivamente, en la dirección indicada veíase una hermosa canoa que venía de Anton Lizardo, llevando á popa el papellón de España y la bandera blanca de "parlamento" á proa. El baluarte de "Santiago" disparó su último cañonazo, y en la fortaleza y en la plaza, y en todos los edificios del Gobierno se izó el pabellón nacional. El General en Jefe envió al muelle dos oficiales de graduación para recibir á los parlamentarios, y acompañarlos, con las formalidades de estilo, al salón donde el Ayuntamiento permanecía en sesión.

Dos apuestos y arrogantes oficiales españoles, de riguroso uniforme, saltaron ligeramente á tierra luego que la canoa atracó al muelle, pidiendo hablar al Jefe de la plaza. Los Jefes mexicanos los colocaron al centro, y escoltados por una multitud de gentes de todas clases, nacionalidades y condiciones, que marchaban en medio del más profundo silencio, los condujeron al Palacio Municipal. La multitud, acrecentada con nuevos curiosos que llegaban de todos los puntos de la ciudad, esperó en la Plaza de Armas, sin osar levantar la voz, pero haciendo comentarios en voz baja: esta actitud de la población debió impresionar favorablemente á los parlamentarios, porque no podían esperarse tal respeto, tantas consideraciones de parte de un pueblo que, allende los mares, era tenido en el concepto de un pueblo incivil y bárbaro.

La conferencia duró pocos minutos, menos de quince: y cuando comenzaron á descender la escalera de Palacio, siempre acompañados de los Ayudantes de la plaza, el pueblo ya no los siguió, sino que, agrupándose más y más al frente del edificio, esperó que se le daría cuenta de lo que había pasado.

Y así sucedió.

Los Generales Uraga y Llave, rodeados de los Generales Osorio, Mora, Ortiz de Zarate y Landero, aparecieron en el balcón del Palacio, y con voz firme y segura, pero que no podía ocultar la emoción que lo dominaba, el Gobernador del Estados manifestó, poco más ó menos, "que aquellos comisionados habían pedido en nombre de España, de Inglaterra y de Francia, la entrega de la plaza, la cual sería bombardeada en caso de resistencia: que en nombre del Gobierno y del pueblo mexicano había protestado contra el incalificable atentado que se cometía contra una nación á la cual no se había declarado previamente la guerra, ni había dado motivo para que se la ultrajara con tamaña agresión;" y por último, que les hizo presente "que no teniendo la plaza ni la fortaleza los elementos necesarios para una defensa vigorosa, las abandonaban sus defensores, no en virtud de la intimación que se le hacía, sino en la de órdenes recibidas anticipadamente del Supremo Gobierno Nacional, único á quien se obedecía, haciendo responsables de los males que acarreara tan extraño procedimiento, á las potencias en cuyo nombre se

habían presentado, respetándolos el pueblo veracruzano porque comprendía que ninguna responsabilidad recaía sobre ellos."

Al concluir, el General Uraga, irguiendo su imponente talla, pronunció estas breves palabras con severa y firme entonación, que eran una promesa para el porvenir: "Ahora, compatriotas, cumplamos cada uno con nuestro deber." Palabras que olvidó tres años después para aliarse al invasor, desmoralizando la lucida y valiente División que tenía á sus órdenes.

El entusiasmo no conoció límites entonces: el pueblo se esparció por calles y plazas prorrumpiendo en atronadores ¡vivas! á la República, *sin que hubiera un solo* MUERA *para los súbditos de aquellas naciones en cuyo nombre se iniciaba el cobarde atentado que las deshonraba, y que se registra en el presente siglo, contra la autonomía de una nación, pobre, sí, pero no abyecta ni envilecida, como se la juzgaba en el extranjero.*

Las bandas de todos los cuerpos, y las músicas del "Fijo" y de la Guardia Nacional de infantería recorrieron la ciudad, tocando *generala* las primeras, y marciales himnos las segundas, y un cuarto de hora después se *pasaba lista* en los cuarteles.....

¡Nadie faltaba! Al contrario, inválidos que se creían útiles, niños que se sentían hombres, y ancianos que, ¡sublimes ilusos! se decían robustos y fuertes, llegaban presurosos para pedir un fusil é ir á defender la patria, allí donde fuera necesario; y multitud de mujeres con semblante airado, que no triste, y en traje de viaje, esperaban afuera el momento del desfile, para marchar ellas también.

¡Oh! ¡Era hermoso, era imponente el espectáculo que la ciudad presentada en aquella hora! ¡Aquellas mujeres acostumbradas á las comodidades de la vida tranquila, siempre alegres y siempre dispuestas á la hospitalidad, no titubeaban un momento en abandonarlo todo: hogar, tranquilidad, porvenir.....! ¡Eran mexicanas, eran veracruzanas, y no podían

ser menos que sus hijos ó hermanos, sus esposos ó sus padres! ¡Patriotas! ¡Eran, en fin, las mismas que en 1860, en medio del bombardeo de los sitiadores, visitaban el recinto para alentar con una sonrisa el entusiasmo de los sitiados!

IX

Casi al reembarcarse los comisionados españoles, apareció en muchas calles de la ciudad un aviso manuscrito, que decía, poco más ó menos, así:

"Los señores jefes y oficiales que no tengan caballos para marchar, pueden concurrir á la Plaza de Armas á las doce del día, y allí se les proveerá de ellos sin retribución alguna."

¿Quién ó quiénes fueron los autores de este patriótico anuncio? No se supo jamás; pero es lo cierto que á la hora citada se encontraban en el lugar indicado más de cuarenta caballos, algunos de alto precio, convenientemente enjaezados, propiedad de comerciantes y de particulares, que hacían este valioso donativo, generoso y espontáneo, á los oficiales de la guarnición.

Todos fueron aceptados.

X

La orden general extraordinaria de la plaza, la última que en ella había de darse hasta cinco años después, previno que á las seis de la tarde comenzaría la salida de las tropas, abriéndola el Batallón de Infantería Guardia Nacional de Veracruz, al que seguirían sucesivamente la artillería de la propia clase, la permanente, el Fijo, los Rifleros y los Matriculados, cerrándola el 2º Mixto y el Batallón de Túxpam. El resto del presidio militar con su jefe el Comandante de Batallón D. Juan Galindo Silva, marcharía escoltado por los Cazadores del primer Cuerpo, así como las mujeres de la tropa y algunas piezas de artillería de sitio y plaza que se reservaron hasta última hora.

Desde ese momento, los asistentes de los jefes y oficiales se dirigieron á San Juan de Instancia, conduciendo los caballos y equipo de aquellos: el menaje de los Cuerpos, en los trenes de la vía férrea, debiendo quedar terminada esta operación antes de las seis, para que la tropa pudiera ser transportada á su vez.

A las tres se dió el primer toque de marcha, el segundo á las cuatro y el último poco antes de partir. La ciudad presentaba un nuevo aspecto: hallábase casi desierta. La gente que había quedado libre de servicio militar, y los extranjeros, acudían á los cuarteles para presenciar el desfile de las tropas, las cuales, formadas al frente, se despedían de ellos, para siempre quizás.

En los de la Guardia Nacional, las puertas estaban ya cerradas; y entre aquellos valientes había muchos que dejaban correr las lágrimas, pero notándose en todos la resolución del ciudadano satisfecho de sí mismo, porque cumplía con su deber.

Esa augusta ceremonia militar que impone y conmueve cada vez que se verifica la salida de la bandera para tomar su puesto en el Batallón, fué ahora más augusta y solemne, si cabe. Al aparecer en la puerta del cuartel la del Batallón Guardia Nacional de Infantería para ser recibida por la escolta, flameando su paño al impulso de la suave brisa que soplaba, arrancó un estrepitoso saludo de todos los espectadores, seguido de un profundo silencio: no hubo uno que no se descubriera la cabeza; y al presentarle las armas la tropa, batiendo marcha los tambores y cornetas, y tocando la música el Himno nacional, cada guardia clavó en ella ardiente y tierna mirada, cual si quisiera preservarla de la mirada codiciosa del extranjero invasor.

Aquella bandera llena de gloria durante la campaña de 1847, y durante la Guerra de Reforma, se aprestaba ahora á conquistar nuevos laureles que agregar á su ya brillante historia.

XI

A las seis en punto un cañonazo dió la señal para que se arriara el pabellón de la República.

La voz de mando del Coronel Milán se hizo oir, ordenando formar "por mitades á retaguardia, columna á la derecha;" y ejecutado el movimiento con regularidad y precisión, el corneta de órdenes tocó "izquierda," y el cuerpo emprendió la marcha al bélico sonido de "Los Cangrejos," que ejecutaba su magnífica banda militar. Recorrió las calles de "La Playa" hasta la de "Nava," y de ésta toda la "Principal," "Parroquia," "Santo Domingo" y de la "Merced," para salir por la puerta de este nombre, en cuya puerta se agolpaba la multitud, compacta, en espera de sus deudos ó amigos, para darles el último adios.

Durante su tránsito por las calles que recorrió, las señoras salían á los balcones para despedirse á su vez, y centenares de pañuelos se agitaban en el aire hasta perder de vista á los patriotas expedicionarios; siendo más notables estas demostraciones de afecto al atravesar la calle Principal hasta la de la Merced, donde el comercio todo, los españoles los primeros, salían á las puertas de sus establecimientos para obsequiar con víveres, dinero, puros ó cigarros á soldados y oficiales, entre los cuales contaban numerosos amigos.

La salida á extramuros fué muy difícil: allí hubo abrazos, apretones de manos, sollozos comprimidos del padre ó de la madre, del esposo, de la hija ó del hermano; y cuando las compañías ocuparon los coches de los trenes, cuando el silbato de las locomotoras anunció la salida, y negros y espesos penachos de denso humo coronaron sus chimeneas, haciéndose oir el estridente fragor de las calderas, un ¡viva! inmenso, patriótico, rugiente, pudiera decirse hasta amenazador, partió de los trenes, no sin ser contestado por los que la necesidad ó el imposible obligaban á permanecer en la ciudad para

presenciar lo más duro, doloroso y terrible para todo buen mexicano: la entrega de la plaza á un enemigo asaz orgulloso, que hacía alarde de la fuerza que le daba ventaja y superioridad por el mar.

La Compañía de Cazadores hizo alto y acampó en la Alameda, y puestos los fusiles en pabellones con sus vigilantes respectivos, esperó el regreso de los trenes para otra vez decir adios y abandonar la ciudad querida, escoltando á la artillería y al presidio que debían trasladarse á marchas dobles hasta "Corral Falso," donde se había comenzado ya á levantar el campo retrincherado de la primera División del Ejército de Oriente.

XII

Durante toda la noche y el siguiente día, 15, los trenes no cesaron de conducir el resto de las tropas, quedando desocupada la plaza y la fortaleza ese mismo día.

El Ayuntamiento quedó en su puesto para hacer la entrega, como lo verificó el 18, retirándose casi todos sus miembros á Jalapa para presentarse al Gobierno del Estado, á fin de continuar utilizando sus servicios como lo tuviera por conveniente.

Así pues, el día 18, en las primeras horas de la mañana, tomó posesión de la plaza el Brigadier español Gazzett, cuyo segundo, de apellido Rubalcaba, era de origen mexicano, en nombre de las potencias aliadas, siendo su primera diligencia la de formar un ayuntamiento con gentes á propósito para que las auxiliara en sus liberticidas planes.

A su frente se puso D. Manuel María Serrano, de antigua y distinguida familia de Veracruz, perfecto caballero, pero cuyas ideas se asimilaban perfectamente con las de los que fueron á Europa á vender al mejor postor la independencia de México.

El Brigadier Gazzett, al notar la escasez de hombres, preguntó al presidente de la nueva Corporación Municipal:

—¿No hay sino viejos y muchachos en esta ciudad?

—Señor,—contestó aquel, rojo de vergüenza,—muchas mujeres, los hombres y los jóvenes se han marchado á la campaña.....

¡Triste principio de un nuevo orden de cosas en el que, entre los hombres que figuraban de alguna manera en la ciudad, se contaban *un presidiario cumplido, un traidor* y *un lenón!*

XIII

Tal fué el primer episodio de la guerra de Intervención, cuyos agentes en México, después de enarbolar al lado de la bandera del tercer Napoleón, la que en Zaragoza humilló al Gran Emperador, y la que en Waterloo hundió al primer Imperio, se pusieron en perfecto desacuerdo, abandonando dos de ellos la temeraria empresa, porque no podían alternar, sin deshonrarse, con el representante de aquella Francia que sin pudor ninguno pisoteaba la firma con que había signado los "Tratados de la Soledad," cuando aun quería engañar á sus colegas haciéndolos cómplices de los insensatos designios del hombre más funesto á los destinos de la caduca Europa.